



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

Año V.

Madrid 1.º de Mayo de 1882

Núm. 85



A LOS HÉROES DEL DOS DE MAYO DE 1808

OFRECE ESTE TESTIMONIO DE RESPETUOSO RECUERDO LA DIRECCIÓN Y REDACCIÓN

DE

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS

R. I. P.

Madrid.—1882.

SUMARIO

I. El mes de Mayo. — II. Balada. — III. El mejor tesoro. — IV. Angelitos al cielo. — V. El comprador y el hortera. — VI. La niña y el clavel. — VII. El alcalde de un pueblo. — VIII. Adelina, aspirante a socio honorario. — IX. La dalia y la abeja. — X. Sociedad española de Higiene. — XI. Dos risas sublimes. — XII. Los pecados capitales. — XIII. Contra soberbia humildad. — XIV. Consecuencias de la vanidad. — XV. Luisa. — XVI. Indivino, el niño saguntino. — XVII. A Maria Santísima.

EL MES DE MAYO



CONVENID conmigo, lectores apreciables, en que el mes de Mayo es el mes predilecto de los doce del año; el niño mimado, ó como si dijéramos el chiquitín de la casa del Tiempo.

Es el mes de las alegrías y de las flores, de los gorgeos de los pajarillos y de los apuros de los estudiantes.

Porque no debeis olvidar que este mes es el último del curso académico, y es necesario que los días se aprovechen si no se ha de perder el tiempo transcurrido.

Sin duda por la armónica ley de los contrastes, á la par que en este mes terminan las clases en los Establecimientos públicos que se refieren á las carreras de segunda y superior enseñanza, así como las de las facultades, hay en él más días de fiesta y de vacaciones, que imponen á los alumnos la obligación imprescindible de no desperdiciar los útiles que restan.

Así que os apunto para que la tengais presente, amigos lectores, esta circunstancia, á fin de que luego no os podais llamar á engaño, como se dice comunmente. Porque si bien es cierto que el mes consta de treinta y un días, sólo son oficiales para las asignaturas veinticuatro ó veinticinco.

La fiesta nacional del DOS DE MAYO, las eclesiásticas de la Ascensión y de las Pascuas de Pentecostés, las tradicionales de los dominos y la popular de San Isidro, invitan á la diversión y á la expansión, que, de no ser moderadas, exigen después el descanso oportuno, que pudiera muy bien sumarse á los días en que es de rigor la clausura de las cátedras.

Gracias á que, como para todo hay tiempo en esta vida, si la pereza sobra y el buen deseo no falta, los alumnos que son aplicados y no gustan de perder el tiempo podrán consagrar á esas fiestas el que les imponga la prudencia, y al estudio el que éste les reclame; y así, en un término medio colocados, no tendrán después de qué arrepentirse.

Los mil encantos y los mil atractivos que este mes nos ofrecen, nos muestran por otra parte una gran suma de enseñanza; porque si no hubieran pasado aquellas noches de nieves y hielos, y aquellos días oscuros y lluviosos, tan poco gratos, no veríamos ahora cubiertos los campos de verdor, cuajados de flores los jardines, vestidos los árboles de nuevas y verdes hojas, próximos á cosechar los frutos de los

sembrados, puro el cielo, la brisa deliciosa y agradable en extremo la temperatura. Por eso tampoco el hombre, si no tiene un invierno de trabajo, de fijo que no logrará una primavera de quietud.

Nada, pues, de desaprovechar los instantes que nos son tan precisos si hemos de cumplir con los deberes que de consuno nos imponen nuestra misión en este mundo y nuestra propia conciencia.

Cierto que el mes de Mayo es el mes de las tentaciones, y valga la frase, y de ahí, en su virtud, la más urgente necesidad de que no nos dejemos caer en ellas.

La humana criatura, más inclinada siempre á realizar lo que la satisface que á ejecutar lo que la es útil, no debe perder de vista que también en el mes de Mayo se la presenta ocasión de apreciar la diferencia que existe entre uno y otro rumbo; porque si las fiestas que á la alegría y á la expansión nos llaman son celebradas en la forma y en el fondo que inspira el común sentido, ningún otro mes del año puede llevar á nuestra alma mayor ni más abundante caudal de gratas impresiones; pero si, por el contrario, y con ocasión de sus estímulos, nos entregamos de lleno á los delirios y á los placeres, ningún otro mes tampoco que pueda dejar más penosos recuerdos.

Obvia es la razón, por lo que bastará que os la indique únicamente, lectores de LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS, para que desde luego la comprendais.

Si es el mes de más encantos, de más movimiento, y de más vida, y le pasamos sumidos en lucubraciones, festines ú holganza, dicho se está que al volver los ojos á los días pasados, punto menos que engolfados en el vicio, el remordimiento nos mortificará en extremo y la conciencia nos acusará constantemente el olvido de los deberes y el abuso de los derechos; y es sabida la impresión que dejan en el alma los gritos de la conciencia cuando reconocen por causa ocasional el desconocimiento de nuestras obligaciones.

Por tanto, es fuerza que este mes de Mayo no le profanemos entregándonos completamente á la celebración de sus fiestas, sino que recreando en ellas el espíritu, podamos por otra parte contemplar tranquilos y serenos la admirable armonía que la Naturaleza nos ofrece.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

BALADA

—¿A dónde va esta senda tan estrecha,
tan cubierta de espinas y de abrojos?
Y la voz de algún ángel me responde:

—Adonde van muy pocos.

—¿A dónde va á morir este camino,
tan ancho, tan florido y tan hermoso?
Y una voz cavernosa me responde:

—Adonde se dirigen casi todos.

FRANCISCO DE ARECHAVALA.

EL MEJOR TESORO

Á MI BUEN AMIGO V.

(Conclusión.)



ENTAMENTE avanzaron hasta el centro del patio. La luna iluminaba sus rostros. Eran un hombre y una mujer: ella próxima al ocaso de su vida, él al principio de su risueña primavera; pero ella tenía la hermosura y la majestad de una reina, y él la timidez y el encogimiento propios de la adolescencia.

Ambos lloraban amargamente.

Su llanto me tranquilizó.

¿Qué podían querer de un desdichado los que tan desdichados eran?

Cruzaron por delante de mí sin verme. Estaban sumidos en su mística contemplación, y sus suspiros partían el alma.

Cuando llegaron á la puerta exterior, se confundieron ambos en un estrecho abrazo, y soltando un doloroso adios se separaron.

Aquella misteriosa escena dió nuevo pábulo á mi delirante imaginación, y por espacio de mucho tiempo permanecí sumido en un extraño estupor, viendo cruzar por delante de mis ojos siniestros fantasmas, oyendo zumbir en mis oídos desacordes ecos.

El primer rayo de sol me sacó de mi enajenamiento.

Me levanté presuroso para abandonar aquel sitio, pero mis ojos se fijaron en un objeto brillante caído sobre la arena.

Me acerqué. Era una cartera de oro, adornada de perlas y rubíes, pero de un trabajo tan delicado, formando tan caprichosas figuras, que sin duda el valor artístico sobrepujaba al valor de los metales.

Quedé estático.

Mi primer movimiento fué de júbilo. Pensé en mis infelices hijuelos, que carecían de pan y de abrigo en medio de los rigores del invierno. Luego resonó en el fondo de mi corazón una voz severa: la voz de la probidad catalana.

Aquel objeto no me pertenecía; yo había visto á sus dueños, yo debía restituirlo.

Comprimí el resorte; la cartera se abrió, y me dejó ver un retrato de mujer de deslumbradora hermosura, dos diamantes de un tamaño fabuloso, y algunas moneditas de oro.

Coloqué la cartera sobre mi corazón, que latía apresuradamente, y en menos de dos horas me hallé en Sfalces; tal era la velocidad de mi carrera.

Estaba loco; no me atrevía á confiar á nadie mi secreto, y aquella cartera, semejante á los amuletos mágicos, me abrasaba el corazón y despedía reflejos que cegaban mis ojos, aun al través de mi chaqueta de lana burda.

Durante tres días apuré todos los tormentos de Tántalo, luchando con el demonio de la tentación.

En efecto, nadie me había visto; ignoraba hasta el nombre de los desconocidos, ¿quién me impedía embarcarme para España, vender mi presea y comprar unas tierrecillas que brindaran paz á mi vejez y sustento á mis pobres hijos?

Pero también aquellos desdichados lloraban; ¿quién sabe el funesto drama cuyo desenlace podía impedir ó precipitar aquella joya?

Imposible me es expresaros cuánto sufrí durante aquellos tres días; pero al tercero salí de mi posada con la frente erguida, con la mirada radiante; el ángel de mi guarda había vencido á Satanás. Recorrí todas las mezquitas, acerquéme cuanto pude á las tapias del serrallo, á las casas de baños. Ninguna de las mujeres que vislumbraba se parecía á la hermosa del retrato, á la noble matrona de las ruinas.

Y á pesar de mi leal decisión, la voz de la codicia murmuraba en el fondo de mi alma:

—Si no la encuentras, el tesoro será tuyo, legítimamente tuyo.

El buque había completado su cargamento, estaba próximo á darse á la vela.

Era la noche anterior á nuestra partida; yo me paseaba por el muelle, apretando convulsivamente sobre mi corazón el ignorado tesoro.

De repente oí unos lastimeros ayes, semejantes á los que habían herido mis oídos en las ruinas de Usilla.

Fuí precipitadamente hacia el sitio en donde resonaban.

Nuestro capitán estaba de pie é inmóvil en la orilla del mar; una mujer se arrastraba á sus plantas. Un poco más lejos estaba el bello adolescente de la nocturna escena.

—¡Piedad para él!— exclama la mujer sollozando—¡soy cristiana, es mi hijo, el hijo de un noble y poderoso caballero francés!

Dios sabe con qué penalidades he cuidado de su infancia, porque soy esclava, caballero; soy una miserable esclava, y mi señor tiene celos de mi hijo y le matará si vuelve á hallarle entre mis brazos. En vano le educaba oculto en las ruinas de Usilla; hasta allí le persiguió su saña. ¡Oh señor, si sois caballero, si sois cristiano, llevadle por piedad á Europa! ¡Hace pocos días era rica, podía pagar su pasaje, hoy nada poseo, nada, nada!.. ¡Tened compasión de él, tened compasión de mí! ¡Ay, harto desdichado es! ¡Ahora irá á Francia y no podrá hallar á su padre, y aunque le halle no podrá decirle: abridme los brazos, soy el hijo de vuestro amor! ¡Pero vivirá al menos, vivirá! ¡Por Dios, admitidle! ¡Por Dios, apiadaos de una madre desdichada!

—No puedo, señora; ya os he dicho que no puedo— repetía con voz brusca el capitán.

Gruesas gotas de sudor inundaban mi frente; la lucha no duró más que un instante, pero fué espantosa. La cartera brilló en las manos de aquella mujer; la probidad había triunfado, pero mis hijos morirían.

La desconocida me estrechó con alegría frenética entre sus brazos; pero no me dió ni un óbolo por mi hallazgo.

Irritada de la dureza del capitán, y orgullosa con hallarse otra vez rica, ajustó en otro buque el pasaje de su hijo.

Pasaron seis años.

El gigante del siglo aventaba delante de sus vencedoras huestes á los pueblos y á los reyes. Sus pendones ondeaban sobre la pelada cresta del Monseny. Yo tomé las armas como todos los hijos de la invencible Cataluña, y corrí á vencer ó morir por la gloria de mi patria. Gerona, después de un sangriento sitio, había sucumbido al vencedor. Yo al frente de unos cuantos valientes, quise devolverla su li-

bertad perdida. Luché hasta caer acribillado de heridas, y los enemigos me recogieron moribundo. Mi tentativa había sido demasiado audaz para que pudieran perdonármela. Así que recobré las fuerzas, fuí llevado ante un consejo de guerra que decretó mi muerte.

Por la noche me hallaba yo en el calabozo preparándome á morir con ánimo esforzado, y rogando á Dios por mis hijos.

De repente se abrió la puerta, y un oficial superior vino á arrojarle en mis brazos.

Reconocí con sorpresa al adolescente de Sfalces.

—Venid—me dijo—voy á salvaros. Os he reconocido al instante en el consejo. ¡No he olvidado que todo os lo debo! ¡Merced á vuestra generosa restitución, pude abrazar á mi padre; mi madre fué rescatada, y es hoy su feliz esposa! ¡Ah, cuánto deplora el aturdimiento de aquel instante, que la impidió recompensaros! ¡Por fortuna, hoy el destino me permite pagar su deuda!

Caí de rodillas y dí gracias con toda efusión á la Providencia, que nunca permite que se esterilice un beneficio.

El anciano calló, y elevó sus ojos llenos de inmensa gratitud al cielo.

—Y bien—preguntamos todos con el más vivo interés.

—¿Veis esta deliciosa casita—prosiguió— cercada de árboles seculares, de fértiles campos que nos rinden ópimos frutos y nos permiten vivir en la abundancia? Pues todo se lo debo al generoso francés. Además, poseo un tesoro muy precioso ignorado de todo el mundo menos de Dios, que lee en los corazones.

—¿Un tesoro?—preguntó la más vieja de sus hijas, cuyos ojos brillaron de codicia.

—Sí, hijos míos—repuso el anciano sonriendo—cuando por la mañana salgo al campo, las aves con sus trinos, la brisa con sus ayes, el sol con sus fulgores, me cantan en una lengua armónica y desconocida: *hiciste bien, hiciste bien*, y lo mismo me repiten todos los ecos de la noche cuando me entrego al blando sueño.

ANGELA GRASSI.

¡ANGELITOS AL CIELO!

Una tarde en que el sol no brillaba,
Paso á paso llegué al cementerio;
Me detuve en la puerta, y al punto
Ví avanzar muy despacio dos féretros.

Una niña de cinco ó seis meses,
Blanca y pura ocupaba el primero,
Con las manos piedad demandando,
Con los labios tal vez sonriendo.

De azucenas orlado el segundo,
Le ocupaba otro niño muy bello,
Con sonrisa inocente en los labios,
Y las manos clemencia pidiendo.

Yo no pude mirar impasible
Aquel cuadro tan triste y tan tierno,
Mas pensé en el dolor de sus padres
Y me dije... ¡Angelitos al cielo!

FRANCISCO DE ARECHAVALA.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA

FÁBULA

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá sin duda la contienda
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija
líquidos un muchacho madrileño;
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza
(dijo sin aprensión el forastero),
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano
(le replicó el hortera),
sabrás que lo que tienes en la mano
se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cría
(contestó el provincial enardecido)
alcuza siempre ha sido,
y alcuza la nombramos en el día.

—En tierra (dijo el otro) de garbanzos,
corre por *aceitera* solamente;
y quien le ponga nombre diferente,
ha nacido entre malvas y mastranzos.—

El patan en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el horterilla listo:
se incomodaron, y hubo
por consiguiente la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos,
cachetina siguió larga y furiosa:
todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia
es, pero comunísima en el hombre,
no poner en disputa la sustancia
y reñir por el nombre.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LA NIÑA Y EL CLAVEL

Halló una niña un clavel;
Y al contemplarle tan bello,
Para adornarse el cabello
De su tallo le arrancó.
Con él orgullosa estuvo;
Mas cuando ya hubo perdido
Su aroma y su colorido,
En el suelo le arrojó.

Y entonces la pobre flor
De tal modo despreciada,
Humilde y avergonzada,
Balbuciente, exclamó así:
—¡Por que perdí la hermosura,
Me desprecias! Tu cinismo
No me admira; mas lo mismo
Puede sucederte á tí.


Pues si hoy el mundo te halaga,
Que tienes oro y belleza,
Si pierdes gala y riqueza
Despreciará tu dolor;
Y lejos de dar alivio
A tu pesar, solamente
Servirá, pérfidamente,
Para causarle mayor.

M. ESTEVEZ.

Alcalá de Henares.

GRABADO

EL ALCALDE DE UN PUEBLO

 L grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores, es uno de esos tipos populares del Bajo Aragón, que ejercen en la localidad en que viven el envidioso y envidiado cargo de alcalde presidente del municipio.

Representante de la ley en su pueblo, es el rey en él; pero el rey absoluto, cuyo único pensamiento y sola voluntad son cumplidos al pié de la letra, y ¡ay del que osara resistir sus mandatos!

Así es que no es posible desairar al alcalde de un pueblo, y menos aun á los de la provincia de Teruel, ni cuando dictan una orden, ni cuando hacen un obsequio.

El día de la toma de posesión, ó el de su santo ó del santo titular del pueblo, el alcalde se permite ofrecer una *jarrada* de vino á aquellos de sus *subordinados* que van á visitarle en la seguridad de que pueden aceptar sin réplica el ofrecimiento, pues de otra suerte, se resentiría su autoridad, y buena la harían entonces.

El alcalde acaso no sepa leer ni escribir, pero en cambio sabe, y al dedillo, que en su pueblo no hay quien le ponga la ley ni se atreva á replicarle, que es lo que interesa.

El respeto que por otra parte infunde el bastón con borlas y la arrugada faz del honrado representante de la justicia, mueven más á la consideración y á la obediencia; y de ahí que la personalidad del alcalde, en aquella comarca de España más especialmente, sea por todos querida y venerada.

Pero no siempre, por desgracia, se ejerce tal magistratura con aquella seriedad y nobleza que su importancia exige, y de ello es prueba nuestro grabado de hoy.

Ha habido elecciones; el candidato amigo del alcalde ha triunfado por una gran mayoría, y es fuerza solemnizar la victoria obsequiando á los dóciles electores con *jarradas* de vino; ¡como con iguales argumentos se les ha recomendado la candidatura!

El carácter puro y estrictamente administrativo que es propio y natural de las corporaciones populares vase cambiando en político, con gran mengua del prestigio de la autoridad que representan y perjuicio inmenso de los intereses que les están encomendados.

Si en vez, pues, los alcaldes de suprimir escuelas y levantar plazas de toros, y atender los deseos de los politicastros creando rivalidades, produciendo conflictos y ocasionando discordias, procuran desplegar la actividad y el celo que despliegan en las elecciones, en el progreso y mejora del ramo de instrucción pública, ¡cuánto más tendría que agradecerlos el país y sus administrados, y cuánto más tranquila estaría su conciencia por haber cumplido mejor con los deberes que su cargo le demanda!

No ofreciendo *jarradas* de vino á los electores, sino medios de enseñanza á los niños, es como los alcaldes podrían mejorar las condiciones morales de sus convecinos.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO

ADELINA, ASPIRANTE Á SOCIO HONORARIO

También Adelina cuida sus gatitos, envidiosa sin duda de su hermano Pepe, pues quiere que á ella la nombren socio honorario, como aquél aspira á serlo protector.

La verdad es que la niña aprendió en el Martinez de la Rosa que

Quien maltrata á un animal
No muestra buen natural,

y ella no quiere que la censuren por esto: de ahí sus cuidados y atenciones para con sus gatitos, soñando en que en la Exposición sacará medalla de oro por lo menos.

Hasta ahora no ha sacado sino diferentes arañazos.

LA DALIA Y LA ABEJA

FÁBULA

Erguida, esbelta y ufana
de sus vívidos colores,
la Dalia, de otras mil flores
se juzgaba soberana;
y creyéndose, orgullosa,
la más bella del jardín,
desprecios daba al Jazmín,
á la Violeta y la Rosa.

Una Abeja, revolando
de una flor en otra flor,
iba en todas con amor
el dulce néctar libando;
y aunque entre todas volaba
y en todas se detenía,
nunca el vuelo dirigía
adonde la Dalia estaba;
ésta lo llegó á notar,
y en su vanidad herida,
quiso en extremo ofendida
la razón averiguar,
y con un tono altanero
así á la Abeja gritó:

— ¿Valgo acaso menos yo
que el despreciable Romero?

Libas en todas las flores
y sobre todo te posas,
sin ser como yo de hermosa
y sin tener mis colores;
ésta es una humillación
que no puedo consentir,
y quiero de ella pedir
cumplida satisfacción.

La Abeja, su vuelo blando
detuvo cuando esto oyó,
y la Dalia contestó

de esta manera, exclamando:

— «Cierto que eres muy hermosa,
y que tus bellos colores
envidian las demás flores;
mas ten presente una cosa:
con ser tú tan hechicera
nada vales para mí,
pues no he de encontrar en tí
dulce miel, ni blanca cera»

Así la Abeja exclamó,
á la Dalia contestando,
y su vuelo levantando
sobre un Jazmín se posó.

*La belleza sin talento
es un instante admirada;
pero luego es despreciada
como la Dalia del cuento.*

VENTURA MAYORGA.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE



NTRE los diversos pensamientos que hoy sirven de estímulo á la actividad y á la inteligencia de los hombres científicos, y que por rumbos más ó menos acertados se encaminan á la realización, podemos y debemos citar aquí el que informa á la constitución de una Sociedad española de Higiene.

Que su idea es útil, que sus propósitos son saludables y que su planteamiento merece los parabienes de todos, no habremos de negarlo; antes por el contrario, lo escribimos gustosos.

La Higiene pública y privada bien había menester que se la dirigiera una mirada de atención, y que se hiciese cuanto en humanas fuerzas fuese dado para, no ya sólo levantarla del estado de postración, ó mejor de olvido en que se encontraba, si que para consagrarlas mayores cuidados, al menos en gracia de lo mucho que influye en la salud.

Si á la vez que se procura ensanchar los horizontes del desarrollo intelectual se tiende á lo propio con los del físico, habremos hecho algo por la mejora de las condiciones del hombre, aspirando á que sea más ilustrado y más sano.

Nada mejor en su punto para conseguir esto que la creación de la Sociedad española de Higiene.

Nosotros, pues, por carácter, por convicción y por deber, nos creemos en el caso de dedicar en LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS un sitio al estudio de la Higiene, que para bien de todos absorbe y preocupa hoy la atención del mundo civilizado.

España, que obrando cuerdamente no ha querido ser de los últimos pueblos en este movimiento progresivo de los adelantos en las ciencias, tiene ya una Sociedad encaminada á aquel fin, y el domingo 23 de Abril anterior verificó su sesión inaugural.

En el Paraninfo de la Universidad tuvo efecto acto tan solemne, ocupando la presidencia S. M. el Rey, á quien acompañaban los señores ministro de la Gobernación y de Fomento, el Señor Patriarca de las Indias, y Don Francisco Mendez Álvaro, presidente de la nueva Sociedad.

Dió comienzo la ceremonia por la lectura de un notabilísimo discurso por el Sr. Cortezo, Secretario de la Sociedad, dando á conocer cómo había sido constituida ésta y cuál era su objetivo: «Vivir más y vivir bien; acrecentar el bienestar físico; ayudar al desarrollo de las facultades individuales; velar por la protección al débil; acudir al que comienza á vivir; aconsejar al ignorante; reprimir al desaconsejado; atraer la atención de las colectividades y la actividad del Estado sobre puntos, si no ignorados, olvidados al menos en medio de los vaivenes de nuestra accidentada vida; estos y otros muchos problemas más son los que se imponen con el carácter de cuestiones ante la naciente Sociedad.» El Sr. Cortezo terminó diciendo que la apatía es el primer medio antihigiénico que hay que combatir.

El Sr. Mendez Álvaro leyó acto continuo un erudito discurso, exponiendo á grandes



ADELINA, aspirante á socio honorario.

Ayuntamiento de Madrid

rasgos la historia de la Higiene, deduciendo de ella misma su gran importancia para la humanidad y los grandes beneficios que puede realizar en España en provecho del individuo, de los pueblos y de la nación en general.

Terminada la lectura de este segundo discurso, levantóse S. M. el Rey para pronunciar unas notabilísimas palabras, que fueron acogidas con marcadas é inequívocas pruebas de general asentimiento y sinceros aplausos.

Nosotros nos creemos en el deber de dárselas á conocer á los lectores de LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS, al propio tiempo que les llamamos sobre ellas su atención.

Hélas aquí:

«Señores: Me levanto para dar gracias al señor Cortezo por las indicaciones que ha hecho al tratar del origen y del objeto beneficioso y patriótico de esta Sociedad, y para dar también las gracias á todos, y muy principalmente para manifestar al Sr. Mendez Álvaro el sentimiento de mi profunda gratitud, en vista de las benévolas frases que me ha dirigido, aunque yo no las merezco.

«He oído con gran interés la historia de la Higiene pública, y la relación de los fines que os proponeis, en los que va envuelta la realización de todas las reformas que afectan á la salud pública, y, por lo tanto, al bienestar de todos los españoles. No lo dudeis; á semejante objeto siempre daré mi más completo apoyo.

«No se trata ya de buscar de un modo egoísta el alivio del individuo, sino el desarrollo de todos aquellos medios que mejoren nuestras necesidades, contribuyendo así al engrandecimiento, al bienestar de todas las clases sociales, á mejorar nuestro desarrollo físico, con lo cual podremos, soldados, defender mejor la bandera de la patria, y trabajadores, tener la fortaleza y aptitud suficientes para las rudas tareas de la agricultura y de la industria.

«El día en que todas nuestras clases acomodadas comprendan que tienen en este mundo

grandes deberes que cumplir, y que el primero de todos es cooperar al mejoramiento de ese héroe anónimo, el trabajador, el obrero, que con el sudor de su frente contribuye principalmente al desarrollo, al engrandecimiento, á la prosperidad de la patria, y cuyos brazos pueden considerarse como el único pedestal donde haya de asentarse la realización práctica de los grandes ideales que la inteligencia humana puede concebir, inspirada por las ciencias y

el bienestar de la patria. Todo lo que tienda al mejoramiento de esas clases, como todo lo que tienda á la perfección de la Higiene pública, debe ser objeto preferente de nuestra atención.

«No olvideis la estrechez en que el obrero vive, esas habitaciones faltas de oxígeno, esos talleres en donde se aglomeran para trabajar constantemente, esos barrios donde sus viviendas se hacinan formando antihigiénicos arrabales en las afueras de las poblaciones, atmósferas sin ventilación, abundantes en ácido carbónico y elementos miasmáticos por falta de las condiciones más necesarias para la vida; no olvideis estas cosas, que deben ser objeto preferente de vuestro estudio y asunto de prontas y radicales reformas.

«Sigamos todos este camino hacia la perfección de la sociedad. Yo lo aplaudo; miremos por el obrero y su familia; yo, por mi parte, sé deciros que inspiraré á mis Gobiernos mi constante propósito de que presten su decidido apoyo en pro del bienestar de esas clases y de todo lo que contribuya á la prosperidad de esta gran nación.»

Terminado el discurso de S. M., se dió por concluido el acto.

La Sociedad se ha decidido á emprender desde luego sus tareas, y en esta semana se constituirán definitivamente las subsecciones de epidemiología é higiene que con el carácter de interinos presiden los Sres. Cortezo y Galdo. El jueves se celebrará sesión general y pública, en la que se tratará de las causas de la mortalidad en Madrid: tie-

nen pedida la palabra los Sres. Galdo, Cortezo, Muñoz Luna, Pulido y Belmas.

La subsección de climatología y estadística higiénica y médica, que preside el Sr. Quijano, comenzará en breve la discusión de un importante tema.

Como habreis podido apreciar, pues, amigos lectores, por el ligero extracto que de los fines y tendencias de la Sociedad española de Higiene hemos hecho, y por el discurso de

TIPOS ESPAÑOLES. — PROVINCIA DE TERUEL.



EL ALCALDE DE UN PUEBLO.

las artes; el día en que ese pobre que trabaja vea cumplidos esos grandes deberes, nos agradecerá cuanto hayamos hecho para lograr tan perfectos fines.

«¡Cuán angustioso es contemplar muchas veces el triste estado en que esos obreros se encuentran, la escasez que les rodea, multitud de causas, la resistencia á las cuales le constituye, como digo, en héroe! Deber nuestro es contribuir á su bienestar, porque ese será también

S. M. el Rey que hemos copiado íntegro, bien merece la pena de que consagremos al estudio de los adelantos que aquella señale y los problemas que plantee, un lugar en las columnas de esta Revista ilustrada, abrigando la esperanza de que nos será agradecido.

EL LICENCIADO HUMBERTO.

DOS RISAS SUBLIMES

A CONCHITA

Reías como un ángel,
Niña hechicera,
Cuando te ví en tu casa
Por vez primera.
Y era tu risa
Del candor de tu alma
Lozana brisa.

Tu madre con encanto
Te contemplaba,
Y otra risa á sus labios
Ví que asomaba;
Y tambien era
La risa de tu madre
Muy hechicera.

Comparé de ambas risas
El dulce encanto,
Y eran tan elocuentes...
Decían tanto...
Que en vano intento
Descifrar de esas risas
El pensamiento.

La tuya rebotando
Fragante aroma,
Es la risa inocente
De la paloma,
Cuya excelencia
Es rico patrimonio
De la inocencia.

La risa de tu madre,
De bondad llena,
Rebosa del cariño
Que la enajena;
Y es tan concisa,
Que vale por un libro
Su dulce risa.

Tu padre, por consuelo
De tantas cuitas,
Vuestras risas contempla
¡Risas benditas!
Que no hay esencia
Como risas de madre
Y de inocencia.

¡Ríe, niña inocente,
Cuanto te cuadre!
Y que ría contigo
Tu buena madre.
Reid á coro;
Vuestras risas, Conchita,
Son un tesoro.

ANDRÉS CASADO, *Escolapio*.

LOS PECADOS CAPITALES

II

AVARICIA



CONCLUIDOS los saludos y demostraciones de agradecimiento que Angel y Don Pepito prodigaron á la reunión por sus aplausos, y restablecido el silencio, Angel, dirigiéndose á su amigo, le dijo:

— Ya ves, mi querido Pepito, que la amabilidad de estos señores reclama de nuestra parte el que nos esmeremos en la ejecución del cuadro de la *avaricia*; por lo que, toda vez que eres casi solo el encargado de su ejecución, te recomiendo que ésta corresponda á la benevolencia del auditorio, y al talento y á las disposiciones dramáticas que se encierran en tu cuerpecito.

El perro pareció escuchar esta arenga algo distraído y mirando con cierta insistencia á los espectadores, y más particularmente á los que tenían en sus manos cualquier objeto, sobre todo si éste era alguna golosina.

— Parece — continuó Angel — como que reclamas de estos señores el pago de tu trabajo, y esto me disgusta mucho; pues demasiado sabes que de nada te hago carecer, y para nada han de servirte sus dones, como no sea para hacerte perder el aprecio que te has sabido conquistar al calificarte con justicia de interesado y ansioso. Pero obra como tengas por conveniente, pues desde este momento eres tú solo el que has de exponer el feo vicio de la *avaricia*, pues yo me cruzo de brazos, y muy poco he de intervenir en tu manifestación.

Y efectivamente, Angel se sentó en el cojín sin dar muestra de que se interesaba en los ejercicios de Don Pepito.

Este caballero, que no entendió ó no quiso entender los consejos de desinterés que el niño le acababa de dar, se dirigió meneando la cola y haciendo mil zalamerías á una niña que tenía en la mano una torta; y colocándose de patitas frente á ella, y mirando la torta de hito en hito, la hizo comprender que todas aquellas monadas y agasajos eran únicamente porque le diese la torta.

La niña se la dió, y el animal, con ella en la boca, corrió presuroso á depositarla en el centro del círculo sin hacer ademán de clavarla el diente.

Usando, y aun abusando de sus caricias, de sus habilidades y hasta de mil bajezas, fué recogiendo y amontonando cuantas galletas, dulces y caramelos ostentaban los niños en las manos; y justo es decir que estos últimos tomaron por juego la avaricia de Don Pepito, y á porfía le obsequiaron con una cantidad de golosinas que el animal no hubiera podido devorar en dos meses.

Reunidas en un monton todas aquellas vituallas, Don Pepito miraba con ojos de codicia si aun quedaba algo más que allegar á su tesoro; y cuando de sus investigaciones se cercioró que poseía ya cuantos comestibles había en la reunión, sin guardar siquiera las formas de pedir que hasta entónces había usado principió á recoger y á amontonar cuantos objetos se hallaban á su alcance, como pañuelos, guan-

tes, sombrillas y otros objetos de ningun valor para él.

Tembloroso, iracundo, receloso y en un estado de excitación difícil de describir, el perro separaba con su boca y con sus patas todos aquellos objetos como si los contara uno á uno, después los volvía á amontonar, se echaba sobre ellos encubriéndolos con su cuerpo, los acariciaba con su mirada, gruñía y ladraba sobresaltado al espectador que ejecutaba el más ligero ademán de aproximarse á su tesoro; y lo más raro de su conducta, era que no probaba ninguna de las delicadas golosinas que con tanta codicia había amontonado.

Poseído de lástima al verle tan desgraciado, Angel se llegó á él; pero Don Pepito, aparentando que le desconocía, se arrojó sobre su amo ladrando furiosamente como pudiera hacerlo el avaro más impenitente sobre el ladrón que se aproximara á su tesoro.

— Basta ya — gritó el niño. — Basta de presentarnos tan al vivo el cuadro de la avaricia. Nos has probado, querido Don Pepito, la vida de abyección, de bajeza y de miseria en que viven los desgraciados avarientos que sólo desean poseer por poseer, y no para disfrutar de lo que atesoran sin reparar en los medios; la miserable vida de privación en que vegetan por no mermar su tesoro, y la inquietud y sobresalto con que continuamente están preocupados hasta contra sus mejores amigos por el temor de que éstos les puedan mermar en lo más mínimo de sus para ellos inútiles riquezas.

Vamos á procurar borrar el repugnante cuadro de la avaricia demostrando la felicidad que proporciona el uso de la práctica de la *largueza*, su virtud contraria, para que de este modo puedas rehabilitarte en el concepto de quien haya podido creer que estabas identificado con el odioso papel que acabas de ejecutar con tanta propiedad.

LARGUEZA

Loco de contento Don Pepito con las felicitaciones de su amo, principió á dar saltos y carreras ladrando de alegría con tal descompostura y aturdimiento, con tantos halagos y caricias á los niños compañeros de Angel, que éste se vió precisado á llamarle al órden, diciéndole que aquellos extremos no eran propios de un perro de calidad, bien educado y que se estimaba á sí mismo.

Algo reportado con esta advertencia, Don Pepito cogió con su boca el primer objeto con que tropezó de los que tenía amontonados, y sin reparar á quién, se lo entregó al primero de los espectadores que halló á mano. Volvió al montón, cogió otra cosa y la depositó en las manos más próximas que encontró, y de esta manera fué dando sin ton ni son, y sin reparar, hasta la mitad de cuanto había atesorado en su papel de avariento.

Los espectadores reían y aplaudían la generosidad de Don Pepito, siquiera fuera por el contraste que formaba con el papel que acababa de representar; pero Angel le paró, y con grave y cariñosa voz

— Amigo mio — le dijo — lo que estás haciendo, lejos de ser una virtud tan hermosa como la de la *largueza*, es una locura, es un

vicio, es un suicidio, es, en fin, una *prodigalidad* ciega y estúpida, de que se aprovechan sólo los parásitos, los hombres que viven en sociedad á costa de los imbéciles y de los tontos.

La virtud de la *largueza* consiste en saber dar lo que es justo y sin tacañería en pago de los servicios recibidos; en saber conservar lo que se tiene para que no nos falte nunca que dar, y en socorrer con lo que no nos sea absolutamente preciso las desgracias y desventuras de nuestros semejantes. Esto cuando lo que poseemos ha sido bien y noblemente adquirido.

Cuando, como á tí te sucede ahora con esas riquezas, ellas han sido allegadas con dudosa legitimidad, entónces lo que procede es que vuelvan á sus dueños, más que por virtud de la *largueza*, por la necesidad de la restitución.

Don Pepito aparentó escuchar con mucha calma el discurso de Angel; y cesando en sus demostraciones de exagerada alegría y aturdimiento, con grave paso y compuesto ademán fué llevando uno á uno á los espectadores todos los objetos amontonados, desde el pequeño caramelo hasta la para él grande sombrilla.

Terminado el reparto y desembarazado el círculo de los objetos que le obstruían, Angel dijo á su amigo:

—Nada nos queda ya que dar, querido mio: somos pobres; y á ménos que tú con tan buen ingenio como tienes no discurras la manera de dar las gracias á nuestro auditorio por sus bondades, terminaremos aquí el cuadro de la *largueza*.

Don Pepito pareció reflexionar; de repente saltó sobre el cojín, y poniéndose verticalmente sobre él, empezó á dar dulces y tiernos ladridos, acompañados de la mímica de llevarse ambas manos á la boca extendiéndolas después al auditorio, imitando á los niños que arrojan besos con las manos á quien se separa de ellos.

El entusiasmo de los concurrentes llegó á ser un delirio por esta última monada de Don Pepito, y éste y su amigo, dando las gracias con sus reverencias ya dichas, se prepararon á poner en escena el cuadro de la *ira*.

(Se continuará.)

CAYETANO COLLADO.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD

¡Oh soberbia allá abatida!
¡Oh humildad aquí elevada!
Tanto subes, en verdad,
Cuanto tu contraria baja:
No hay virtud sin humildad,
Sin humildad todo es nada.

Nunca bajes la cabeza
Sin bajar el corazón,
Que es muy poca discreción:
Revela intensa bajeza,
De humilde la pretensión.

Es hermosa por divina
La humildad que nos levanta;
¿Quién no se humilla por ella?
¿Quién por ella no se arrastra?
Soberbio el ángel se pierde,
Humilde el polvo se salva.

Cuanto más se abate el hombre
Dentro de su misma alma,
Consigue más lauro y palma,
Adquiere mayor renombre
Y da á su conciencia calma.

PEDRO ANTONIO GARCIA DE LA IGLESIA, *Escolapio*.

CONSECUENCIAS DE LA VANIDAD

Es germen la vanidad
de amarga infelicidad.



VIVÍA en Madrid una señora llamada doña Luisa, perteneciente á una familia en otro tiempo muy poderosa. Educada en medio de las riquezas, del lujo y de las comodidades, se creía superior á muchos de sus semejantes, cuya creencia había formado en ella un carácter altivo y orgulloso. Acompañábala ordinariamente una buena mujer, cuyo nombre era María, que estaba en la casa más bien como individuo de la familia que como sirvienta; tal era el aprecio que la profesaban por su honradez y afectuoso carácter. Ambas eran casadas. El esposo de la señora había ido á América con un alto destino, llevando en su compañía como dependiente al marido de la doncella.

Doña Luisa tenía una hija de cuatro años, y María otra de diez; eran las niñas dos angelitos que se querían mucho, y cuyas gracias constituían el encanto de cuantas personas las veían.

Una noche que estaban reunidas hablando alegremente las cuatro personas que hemos dado á conocer, dijo María á su preciosa hija Leonor:

—Hija mía, vas á ver pronto á tu papá; ya viene, y te trae muchas cosas.

La niña apenas se acordaba de su padre, pues hacía cuatro años que no le veía.

—¿Dónde está papá? —preguntó la niña.

—Se fué á América, á la Habana.

—¿Cuándo vendrá?

—Pronto, hija mía; muy pronto.

—¿Y es bueno papá? ¿Me querrá mucho?

—Te querrá tanto como yo, hija mía.

—Pues entonces que venga pronto, mamá. ¿Es verdad que vendrá pronto?

Mientras la inocente criatura hacía sus preguntas, acariciaba alegremente á su buena madre, que la contemplaba extasiada de placer.

Esperaban efectivamente á sus esposos el ama y la doncella en un próximo día; pero trascurrió una semana y otra, y un mes, y no tuvieron noticia de la llegada del buque en que salieron de la Habana los dos viajeros.

Impacientes y aun temerosas de que hubiese ocurrido una desgracia, trataron de enterarse, y lo único que pudieron averiguar de un modo cierto fué que no había llegado aquel buque, temiéndose que hubiese naufragado, pues otros viajeros que llegaron posteriormente daban noticias de varios naufragios ocasionados por los grandes huracanes que habían conmovido la inmensa masa del Océano Atlántico.

Lo que temían debió de suceder, pues no pudieron adquirir noticias ni de los viajeros que esperaban, ni del buque que los conducía.

Persuadidas doña Luisa y María de que habían quedado viudas, lloraron tristemente la pérdida de sus buenos esposos, que eran entonces su único apoyo.

Quedaron, como era consiguiente, en una angustiosa situación, careciendo de los medios necesarios para cubrir sus atenciones, y especialmente para educar á sus tiernas hijas.

Vamos á referiros lo que fué de doña Luisa

y de su hija Enriqueta, dejando para otro día la historia de María y de su hija Leonor.

Vivió doña Luisa algún tiempo con sus propios recursos; pero agotados éstos, tuvo que recurrir á la compasión de los antiguos amigos de su familia, los cuales la ayudaron escasamente algunos meses, negándose después poco á poco á favorecerla más. Excuso deciros, apreciables niñas, cuánto sufría aquella apreciable señora al considerar su abandono y su pobreza, y al ver á su inocente hija sin abrigo y sin educación, ella, que estaba acostumbrada á las comodidades y aun al lujo. Debe esto haceros comprender cuán necesaria es la previsión. Las personas prudentes no deben apartar nunca la vista del porvenir, ni olvidar cuán veleidosa es la fortuna.

Condolida en una ocasión una amiga de doña Luisa de los apuros y desgracias que agobiaban á la triste viuda, hubo de hacerle la siguiente proposición:

—Ya sabes, querida Luisa, cuánto lamento tu desgracia. Deseosa de aliviarla en lo que está á mis alcances, he acudido á mis amigos, y éstos han alcanzado una plaza para tu hija en un establecimiento de beneficencia, donde podrá adquirir una buena educación y encontrar otras cosas de que hoy carece. Luego que tenga la edad y los conocimientos suficientes, le buscaremos una colocación cuyos beneficios basten para vuestra subsistencia, siquiera modestamente.

—¿Qué me propones? ¿Yo mandar á mi hija á una casa de beneficencia pública! ¿Qué locura!.. ¿Qué vergüenza!

—Por el bien de una hija debe hacerse toda clase de sacrificios.

—¡Pobre hija mía! ¿Cómo la tratarían!

—La tratarán bien.

—¿Qué sería de mí sin mi hija?

—Peor es lo que hoy te sucede; hoy la inocente niña carece de todo y tú no le puedes dar nada. Allí encontrará...

—¡Ah!.. ¡no, no... de ningún modo!..

La amiga de doña Luisa no insistió más, y se alejó lamentando no poder aliviar por otros medios la suerte de su desgraciada amiga.

Algún tiempo después, cuando contaba ya nueve años, andaba la hija de doña Luisa por las calles sola, mal vestida, descalza, sucia y extenuada. ¿Sabeis lo que hacía? Pedir limosna.

Su madre, agobiada por el peso de tantos contratiempos, había caído enferma. Prolongándose demasiado su dolencia y careciendo de recursos para sobrellevarla, tuvo al fin que cogerse en el hospital, dejando á su hija en manos de personas extrañas, que la trataban mal, que jamás le hacían una caricia, que nunca le proporcionaban un consuelo. La pobre niña, tan pequeña y tan delicada, tenía que salir todos los días, sufriendo el frío, pisando la nieve ó sofocada por el calor á implorar la caridad pública, pues sólo á costa de este sacrificio podía recibir el sustento necesario para la vida.

Alguna vez fué sorprendida por los agentes de la autoridad y conducida á San Bernardino, de donde la reclamaba después la familia que le había acogido.

Observad, inocentes niñas, á lo que conduce el orgullo mal entendido. Doña Luisa, acon-

sejada por la vanidad, había rechazado indignada la proposición que la hicieron de colocar á su hija en un buen establecimiento de beneficencia, y fué castigada precisamente con lo que más temía, viéndose obligada á ir al hospital, en donde murió poco tiempo después, dejando á su desgraciada hija sola en el mundo, sin los consuelos de la educación y expuesta á todo género de peligros.

¡Cuánto debió de arrepentirse aquella pobre señora de haberse dejado dominar por la peligrosa pasión de la vanidad!

DIEGO VIDAL.

LUISA

Cuando de verdes hojas
Los árboles se llenan;
Cuando las aves cantan
Diciéndose ternezas,
Y flores mil asoman
A celebrar la fiesta,
Cubriéndose de frutos
El monte y la pradera,
El cielo es más hermoso,
La vida más risueña,
Y cielo, aves y flores
Anuncian que comienza
La estación más alegre...
La Primavera.

Naces, Luisa á la vida,
Y nada más deseas
Que hacer más hechiceros
Tus rizos y tus trenzas,
Con flores adornando
Tu artística cabeza.
Flores que están ufanas
De tan gentil maceta,
Tu frente candorosa
Y el carmín que sombrea
De tus mejillas castas
La celestial belleza.
Que así es el tan preciado
Color de la inocencia;
Tu cándida mirada,
Tus sueños de pureza,
Tu amor por esas flores
Que son tus compañeras,
Tu voz, tu risa, todo
Anuncia que comienza
De tu plácida vida
La Primavera.

.....
Quiera Dios conservarte
Tan cándida, tan buena,
Sin que jamás olvides
Tus sueños de pureza:
Siempre tu dicha formen
Las flores que te cercan,
Las aves que á tu lado
Ensalzan tu inocencia;
Nunca los desengaños
Marchiten tu belleza,
Y así será tu vida

Continúa primavera.

RICARDO SEPÚLVEDA.

INDIVINIO

EL NIÑO SAGUNTINO

(Conclusión.)



Al despuntar comenzaba el día, y el huracán, levantando espantosos torbellinos de humo, hacía rugir las llamas con el sordo mugido del tigre que se ceba en su presa. El momento de la conclusión de la trágica suerte de Sagunto había llegado, y el naciente sol iba á presenciar el más grande y espantoso de los cuadros, que acababa de anunciarse con un espantoso fragor, y espesas nubes de polvo rojizo se elevaron por el espacio. Aquel estruendoso desplome fué recibido con un inmenso alarido en el campamento africano.

¿Qué había sucedido para causar tan feróz alegría en el campo enemigo? Que el momento de la terminación del sangriento drama había llegado; que el martirio iba á terminar, y que aquellas rojizas nubes de polvo indicaban que una torre inmediata al alcázar, y la cual era largo tiempo arietada por el enemigo, acababa de desplomarse junto con un trozo de muralla, y sepultando al propio tiempo entre sus escombros á gran número de habitantes que, huyendo del incendio, se habían acogido á ella. La brecha que dejaba aquel derrumbamiento era ya indefendible, y el africano, al verla, lanzó aullidos de alegría, y furioso se arrojó á ella para apoderarse de la ciudad. Apenas un centenar de hombres, la mayor parte ancianos, quisieron detener al enemigo; pero su esfuerzo ya fué inútil. Los cartagineses, cual torrente desbordado, penetraban por todos lados; la lucha era imposible, y allí murieron degollados con sus inocentes hijos; las mujeres, lejos de huir, provocaban al enemigo, que furioso buscaba donde saciar su codicia, sin hallar más que escombros, cadáveres y el incendio, que todo lo abrasaba. Algunos infelices se refugiaron en el alcázar, y allí fueron perseguidos y acuchillados antes que entregarse al vencedor.

Aníbal, rigiendo su negro caballo, penetró por la brecha sosteniendo al noble bruto, que, relinchando de espanto, erizaba sus crines á la vista de tan espantoso cuadro. Aníbal, sonriente, atravesaba las ardientes calles evitando los desplomes y los pedazos de madero ardiendo que rodaban á sus pies, pero sin hallar un sitio en donde reposar ni estar á cubierto del incendio. El viento azotaba con sordo mugido el incendio, cuyo rumor apagaba los ayes de los infelices que no habían tenido el valor de matarse; y el espantoso fragor de la matanza, del incendio y de los aullidos de sus soldados, eran el armónico concierto que celebraba su feroz y cruento triunfo.

Cerca de las dos de la tarde, Aníbal, taciturno, contemplaba desde lo alto del acrópolo la inmensa hoguera que devoraba la que fué Sagunto; y sus soldados, ennegrecidos por el incendio y llenos de sangre, respiraban anhelosamente sin haber sacado del tan esperado saqueo más que sangre, cadáveres y ceniza.

Un silencio de muerte reinaba, interrumpido tan sólo por el silbador rugido del incendio.

El eterno enemigo de Roma contemplaba su triunfo, pero consideraba al mismo tiempo que su feroz tenacidad había sido vencida por el heroísmo de aquel pueblo, y del que sólo pasaría su nombre á la posteridad como el del verdugo que con el martirio había eternizado la inimitable conducta de Sagunto. Entonces indudablemente entre las nubes del incendio, entre el silencio de muerte que le rodeaba, pensaba en su futuro destino; en sus sesenta mil soldados que habían hallado su tumba al pié de la heroica ciudad; en aquel pueblo sacrificado en aras de su independencia, y un oscuro porvenir columbraba en lontananza, su mirada de águila parecía descubrir la morada de Ponsias, en que había de encontrar una muerte digna de su feroz conducta.

Aníbal retuvo su caballo, y dirigiéndose á sus soldados, desesperados por el engaño que habían sufrido en el saqueo, les dijo:

— Soldados, Sagunto ya no existe: hemos herido á Roma en su mejor aliada; ahora á Roma, que será nuestra; sentemos el pié en el Capitolio, y el mundo será de Cartago.

Y lanzando á galope su caballo, penetró de nuevo en las calles de Sagunto, iluminadas por el incendio, que teñía de una violada tinta los amarillos semblantes de los cadáveres, que aun en la muerte parecían amenazarle con su eterna maldición.

De esta trágica manera concluyó Sagunto, primera página de nuestra independencia, y en la que las generaciones presentes deben respetar el amor patrio, el sacrificio por el suelo santo en que se abrían á la luz nuestros ojos, y en que pronunciamos palabras tan dulces como ¡padre mío, madre mía y PATRIA MÍA!

JOAQUIN CASAÑ.

21 de Diciembre de 1881.

A MARÍA SANTÍSIMA

Madre y Señora nuestra; Virgen Santa
Más pura que la cándida azucena,
Cuya fragante esencia el alma encanta,
Y de ventura el corazón nos llena;
De tu nombre la gracia y gloria es tanta,
Que en el Cielo y la Tierra dulce suena,
Cantan tus gracias coros celestiales,
Por tí la gloria alcanzan los mortales.

Estrella refulgente y bienhechora;
Faro divino de la noche oscura,
Cuya luz apacible al que aquí llora
Siempre le guía á la celeste altura;
Faro bendito, al cual el alma adora,
Haz que yo beba de tu aureola pura,
Inspirada por Tí, los rayos de oro,
Para que una mi voz al santo coro.

En Tí toda mi dicha está cifrada,
En Tí se funda la esperanza mía;
Y cuando siento el alma lacerada,
A Tí los ojos vuelvo en mi agonía.
Tu santa Imagen busca mi mirada,
Y al exclamar con fe ¡Virgen María!
Al punto luce de esperanza un rayo
Que al alma saca del mortal desmayo.
¿Cómo no, si eres Tí de gracia fuente,
Dulce amparo del triste y afligido,
Y refugio seguro donde siente
Consuelo el corazón? ¡Oh bien querido!
¡Oh Madre Santa! Mi plegaria ardiente
Yo con el alma y corazón te pido,
Que acojas hoy; que mi refugio seas,
Y que humilde á tus pies siempre me veas.

MARÍA DEL CARMEN DE PRAT.

TIPOGRAFIA GUTENBERG
Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Calle de Villalar, 5.